



# Platicabulo Writer's House

Free Expression Workshop

República de Abando

FEW-200600000000412

## Tlahtoanzas



Fue poco después de que se murió Abó Grabiél. Este detalle significa mucho, porque es probablemente el recuerdo más antiguo que poseo de mi mundo infantil, apenas una imagen neblinosa y casi sin relieve. Asumo que estábamos en Bálsona dos Agros, en la “eira” de los Abós, y había mucha gente; no puedo precisar que estaba haciendo todo ese gentío, pero hay un detalle que se me ha grabado con mayor nitidez, y es que había mujeres en las ventanas, gritando y gesticulando con las manos... ¡plañideras!

Pues bien, de vuelta en Berdía, ese u otro año más adelante; solía yo, como todos los niños de la aldea, aprovechar el verano para refrescarme en el agua del río Nemenzo, que pasa justo al lado del lar natalis de los Martins. Siempre aprovechábamos la ocasión para tratar de pescar a mano alguna de las truchas que se escondían en las raiceras de la orilla o se encuevaban bajo las piedras. En una de esas excursiones estaba yo una vez cuando oí como unos quejidos, en un pocito un poco más debajo de la corriente donde pescaba. Allá me fui a investigar y de pronto me encontré frente a Loiro, que trataba desesperadamente de nadar, pero el remolino que hacía allí el agua no le dejaba y se lo estaba tragando poco a poco. La presencia de Loiro en ese trance se explica porque, cuando en las casas paría una perra, o una gata, la gente acostumbraba tirar las camadas al río para que se ahogasen.

Ni que decir tiene que Loiro se salvó esa vez, porque yó me lo llevé a casa y, como no había perro para entonces, resultó hasta bienvenido. Mi hermana pequeña lo bautizó Loiro a los pocos días, porque su pelo era muy rubio. Pues bien, Loiro creció grande y fuerte y llegó un tiempo en que hubo necesidad de atarlo con una correa, porque se ponía un poco pesado con la gente que circulaba por la corredera, pero de noche lo soltábamos para que se desfagara y corriese a su antojo. Una de las gracias de Loiro era que era un cazador excelente, y, de vez en cuando, se traía un conejo a casa, una verdadera fiesta.

Ese último detalle resultó fatal, ya mucho más tarde, cuando Loiro era ya mayor. Resultó que algún vecino envidioso, nunca supimos quien, nos denunció aduciendo Loiro no estaba vacunado contra la rabia, ninguno de los perros de la aldea lo estaba, pero Loiro era listo, y cazaba conejos. Poco después de la denuncia desapareció Loiro en una de sus excursiones nocturnas; nunca volvió a casa. Ocurrió que el tren lo había arrollado y yo lo encontré a los pocos días; las ruedas del tren lo habían partido en dos mitades. El detalle me impresionó tanto que luego me pasé años sin pasar por ese lugar.

El verano pasado me di varios paseos por la ex vía del tren, que ya no es vía ni tiene trenes porque la han desviado por otro lado. En esos paseos me encontré con los huesos de muchos canes, víctimas sacrificadas al progreso antiguo que ahora es regreso al estado silvaje ¡quien sabe si alguno de ellos habría sido en su tiempo (y el mío) el listo Loiro!

El asunto más grave, el “karma Loiro”, estalló a los pocos días de su desaparición. De pronto llega “la pareja” de la Guardia Civil, apoyando a un funcionario municipal que venía a embargar, lo que fuera, porque no habíamos pagado la multa correspondiente. Como en casa no había con que pagar la multa se llevaron un montón de productos, lo que estaba almacenado de las cosechas para todo el año, trigo, centeno, los jamones del chanchito (el solomo no, porque ese ya se lo había llevado el cura); A Pai Andrés y a mi nos obligaron a ayudarles con el carro de bueyes, para llevar el despojo a la estación del tren. Ese invierno lo pasamos bastante mal, menos mal que Dona Pastora y Tío Santi nos ayudaban. Fue entonces que Pai Andrés decidió emigrar a la América, a superar tal degradante miseria de “patria misógena”.

Febrero 15, 2006



Xanti Martins

D.R.© few@platicabulo.org

Ser Mejor para servir mejor